

La Inmaculada Concepción

Herbert McCabe, O. P.

Lo que celebramos el 8 de diciembre no es, por supuesto, una fiesta de la doctrina de la Inmaculada Concepción; no tenemos fiestas de las doctrinas, celebramos el don de Dios donde se tiene que hallar, en la gente. En esta fiesta celebramos que María fue concebida sin pecado. Veamos qué significa esto, por qué tenemos una gran fiesta para celebrarlo y por qué se permite que interrumpa el Tiempo de Adviento.

Forma parte de la fe católica que María fue concebida sin mancha de pecado original. Lo primero que hay que decir sobre esto es que no se trata de una enseñanza acerca de la mecánica de la generación de María; no se refiere a un proceso que ocurrió en el seno de su madre. Lo manifiesta es que María fue y es *radicalmente* santa.

En nuestro caso, Cristo nos liberó del pecado original mediante la fe y por el bautismo que es el sacramento de la fe. Por esta razón, ya no estamos bajo el dominio del príncipe de este mundo presente y nos hemos convertido en ciudadanos del reino futuro. Mediante la fe y el bautismo, hemos sido rescatados de nuestra identificación con esta sociedad infausta; nos hemos vuelto extraños, subversivos, somos un desafío para este mundo deshumanizado y su príncipe. Hablo del 'mundo', naturalmente, en el sentido de san Juan: no se trata del mundo corporal y material de la naturaleza, sino de la sociedad humana tal como la hemos construido, con su autojustificación, hipocresía, crueldad, codicia y violencia. El estado de pecado original es la condición de hallarnos atrapados en esta sociedad al grado no sólo de padecerlo sino también de identificarnos con ello. En nuestro bautismo, nuestro primer

signo decisivo de protesta, Cristo comienza a liberarnos, a redimirnos de este mundo.

En la fiesta de la Inmaculada Concepción lo que proclamamos es que María, al contrario de nosotros, no vino primero a la existencia como una esclava del príncipe de este mundo y luego tuvo que ser rescatada. (Poco importa que se vea al 'príncipe de este mundo' como un ser personal o como una metáfora.) Decimos que la santidad otorgada a María por Cristo llega hasta

las raíces más profundas de su ser, a su propia existencia. No hubo un solo instante, por decirlo así, en que ella hubiese pertenecido a este mundo. Desde el preciso instante de su irrupción en la existencia, ella perteneció al reino de Cristo.

La doctrina de la Inmaculada Concepción es sencillamente que María es tan santa cuanto una criatura puede serlo – bueno, no exactamente así: fue tan santa cuanto una criatura *redimida* puede serlo. Éste fue, naturalmente, el problema. La espontánea solicitud y exigencia cristiana por siglos fue reconocer que María es 'tan santa cuanto podríamos decir que lo es'. Así fue como la tradición de esta doctrina fue comunicada: no como una aseveración de un hecho, sino como un asunto de oración, como una necesidad de enaltecer

la santidad de María, la madre de Dios.

Un filósofo se quejó una vez de que hubiera tanta teología filosófica; dijo que eso no era más 'hacer halagos metafísicos a Dios'. Pero si lo pensamos un poco, ¿qué otra actividad humana es más auténtica que halagar a Dios? Todas nuestras doctrinas acerca de Dios no son más que una interpretación de nuestra necesidad de adorarlo. La primera y más fundamental res-



puesta humana a Dios no es describirlo sino adorarlo, deshacerse en halagos. De igual modo, nuestra primera respuesta a la madre de Cristo es la muy personal de hablarle *a* ella, no de hablar *sobre* ella. Lo que decimos acerca de ella es una interpretación de cómo descubrimos nuestra necesidad de enaltecerla y rendirle culto.

Si tratamos la Inmaculada Concepción ante todo como una pieza de información, no podemos de ninguna manera suponer que fue transmitida íntegramente desde tiempos de los apóstoles. San Pedro nunca le dijo a san Marcos que María había sido concebida sin mancha; ni creo que lo supiera. Lo cierto es que mil años después san Bernardo no lo sabía y santo Tomás de Aquino tampoco – ambos lo niegan explícitamente. Es más, estoy seguro de que la propia María no lo supo. La tradición fue comunicada no como una pieza de información sino como un reconocimiento, un reconocimiento creciente y cada vez más libre de nuestro derecho a enaltecer a María por sobre todas las demás criaturas, decir que fue tan santa cuanto podría serlo una criatura redimida.

Pero, ¿qué tan santa puede ser una criatura redimida? San Bernardo y santo Tomás y otros argumentaron lamentablemente que no es posible rescatar a nadie a no ser que hubiese sido secuestrado antes, que nadie puede ser rescatado de no haber sido antes raptado. Decir que María jamás, ni por un solo instante de su existencia, fue raptada o secuestrada o sometida por el príncipe de este mundo, que ella jamás se identificó con las estructuras de injusticia y pecado y opresión, significaría, al parecer, que no necesitaba la redención, que no necesitaba la cruz de Cristo, y esto con toda certeza es contrario a la fe católica.

El problema fue resuelto alrededor del año 1300, a unas cuantas cuerdas de donde he escrito esto, por un joven irlandés que enseñaba en la Universidad de Oxford, un franciscano llamado Duns Scotus. (*Puede* que haya sido escocés, en todo caso en Asís lo conocían como *de provincia Hiberniae*, de la provincia de Irlanda.) Esta fiesta es, por tanto, o debería ser un gran día para Oxford, un gran día para los franciscanos y, naturalmente, un gran día para los irlandeses (*acaso* para los escoceses).

Escoto hizo ver sencillamente que la prevención no sólo es mejor que la curación sino también que toda curación aspira a ser prevención.

El acto supremo del poder redentor de Cristo sería no una mera sanación del pecado sino su prevención. Por tanto, existir en este mundo y haber sido, no obstante, preservada siempre de caer bajo el dominio del mundo, es depender no menos sino más aún de Cristo nuestro redentor. María fue redimida de forma más plena que nosotros y tiene una causa no menor sino más grande que nosotros para agradecerse a Cristo. Ésta fue la visión que triunfó en la conciencia de la Iglesia a despecho, lo lamento, de muchísimos dominicos y otros más, y culminó en la definición de la Inmaculada Concepción en el siglo pasado.

La doctrina no se halla formulada en las Escrituras y no puede deducirse de ningún pasaje de las Escrituras, es más, la Iglesia primitiva no la conoció como doctrina; pero no podemos desecharla como si fuera el resultado de la superstición o la mariolatría, que se dejó prosperar por descuido y vino a corromper la pureza del evangelio. Todo lo contrario, es el fruto de la devoción cristiana popular que se mantuvo tenazmente contra la más resuelta oposición de teólogos, santos y obispos – y de algunos que, por una coincidencia sorprendente, fueron a la vez teólogos, santos y obispos. Fue una victoria de lo afectivo contra los sistemas netamente racionales, fue una liberación del espíritu humano; fue una cosa típicamente franciscana.

Tratemos ahora de comprender por qué debemos enaltecer tanto la santidad de María. Sus raíces, como las raíces de toda nuestra fe, se hallan en el Antiguo Testamento. Israel había de ser un pueblo santo, un pueblo elegido de entre las naciones vecinas. Esto es lo que la santidad significa ante todo: ser apartado de lo profano o secular. Se dice del pueblo que es la Virgen Israel, separada del mundo, preservada para Yahveh. Del matrimonio de Yahveh con este pueblo santo, separado como algo sagrado para representar a la humanidad ante Dios, vendría la salvación de la humanidad. Se llamó Virgen a Israel para simbolizar su consagración, santidad, trascendencia; para indicar que ella está vinculada no sólo a esta era presente sino también al mundo que ha de venir mediante la unión de Dios y la humanidad.

En María la unión de Yahveh con la Virgen Israel se consuma. La santidad del pueblo de Dios se concentra en ella, en una sola persona, por decir. De ahí que ‘el Espíritu Santo vendrá sobre

ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual el niño que nacerá de ti será Santo y se llamará Hijo de Dios'. La virginidad de María, como la virginidad de Israel, simboliza su santidad – no precisamente su virtud moral sino su consagración, el hecho de haber sido separada radicalmente del mundo deshumanizado y del príncipe de este mundo. Los católicos, al menos en Inglaterra, andan siempre burlándose de la gente ignorante que confunde la Inmaculada Concepción con el Nacimiento Virginal, pero de hecho, en una forma extraña, estas dos cosas van juntas, porque ambas se refieren a la consagración de María, ambas conciernen a la extraordinaria operación del Espíritu en ella. La doctrina de la Inmaculada Concepción expresa que el Espíritu Santo no descendió de repente sobre María en el momento de la Anunciación, sino que ello fue la culminación de una venida del Espíritu en María que ocurrió desde el comienzo, desde las raíces de su existencia. El Espíritu comienza por preservarla radicalmente del pecado, la lleva a dar su consentimiento a la Encarnación y, finalmente, desborda en fruición cuando ella da a luz a Jesús, cuya vida no es sino el Espíritu Santo.

El Espíritu, el Espíritu de amor, asume radicalmente, por decirlo así, la dirección de la humanidad en cuanto es su *redentor* en Jesús y en cuanto es *redimida* en María. Ella es todo lo que implica ser redimida, ella nos muestra lo que significa ser redimida. Y esta es la razón, por responder a nuestra tercera pregunta, de por qué tenemos esta fiesta durante el Tiempo de Adviento. El Adviento es el tiempo de la espera de nuestra redención, de la resurrección de los cuerpos, y en esta fiesta celebramos a la única que ya ha sido entera y radicalmente redimida. En María concebida sin pecado vemos lo que habremos de ser. En la virgen madre radicalmente santa vemos el destino de la Iglesia virgen madre, la Iglesia que 'ya no tendrá mancha ni arruga ni cosa parecida a fin de ser santa e inmaculada' (Ef 5, 27). En ella vemos lo que será la humanidad cuando habrá llegado a ser humanidad.

En María la redención alcanza hasta la profundidad de las raíces. En nosotros todavía no es radical, pero a través de nuestra muerte en Cristo y nuestra resurrección en él llegará a ser así. Por ahora sólo hemos sido redimidos *sacramentalmente*, en la muerte y resurrección sacramental del bautismo – esto es algo real, no es una

mera representación teatral, pero es sólo sacramental, todavía no ocurre en nuestra carne. La redención de María es pre-sacramental, ella no necesita bautismo ni Eucaristía, ella necesita únicamente a Cristo y lo tiene en su existencia y en su propia carne. Por esta razón, su redención, que es pre-sacramental, es un signo y un gusto anticipado de lo que es post-sacramental, de la vida del cuerpo resucitado, el reino futuro. Su Asunción es el comienzo de la resurrección de todos los que son asumidos en la resurrección de Cristo.

Así es, por tanto, como debemos hacer valer la doctrina de la Inmaculada Concepción. La diferencia que esta doctrina implica en la práctica consiste en esto. No debemos buscar esta diferencia en la biografía de Nuestra Señora, en su personalidad o en su conducta. En este sentido, la doctrina no *concierna* a estas cosas. No se refiere, digamos, al hecho de que ella no cometió pecado. Se podría sostener, como lo hizo Tomás de Aquino, que ella no cometió pecado y negar a la vez, como él lo negó, la Inmaculada Concepción. La Inmaculada Concepción no implica ninguna diferencia de este tipo en María; no implica *ninguna* diferencia que podamos advertir en ella – como he insinuado, no hay ninguna razón para suponer que ella lo supiera. La diferencia que esto implica está en nuestra comprensión de lo que significa ser redimida en el caso de María y, por tanto, de lo que habrá de significar finalmente en nuestro caso ser redimidos. Afirmar esta doctrina es afirmar el hecho misterioso de que nuestra santidad habrá de alcanzar hasta las raíces de nuestro ser, que también nosotros llegaremos a ser radicalmente santos.

Y esta es una doctrina extraña. Por ahora, somos pecadores que hemos sido perdonados; hemos sido perdonados, pero somos de la gente que ha sido pecadora, hemos estado sometidos al pecado del mundo, es más, a veces hemos optado por el pecado del mundo. Ambas cosas son verdaderas: tenemos contrición por nuestros pecados aun cuando celebramos nuestra reconciliación. Ser realistas y honestos y, por ello, tener contrición por nuestros pecados, es el signo y el resultado de haber sido perdonados. (Por eso la confesión es una parte importante del sacramento de la penitencia).

Lo que celebramos en la fiesta de la Inmaculada Concepción es que el amor de Cristo por nosotros nos lleva más allá de esto. Lo que él

quiere para nosotros no es solamente que seamos pecadores perdonados, sino que hemos de ser como si jamás hubiera habido pecado. La redención implicará para nosotros un nuevo nacimiento mediante una inmaculada concepción. Nuestra redención no será tan sólo el fin exitoso de un viaje, la culminación victoriosa de la historia del ser humano, sino que, en un sentido enteramente misterioso, seremos liberados de nuestra historia, o bien nuestra historia

será elevada y transformada en una configuración enteramente nueva, en la cual hasta nuestros pecados serán una parte de nuestra santidad. Seremos de algún modo capaces de aceptarlos como Dios los acepta. No habrá ya más pesar por el pecado, no más remordimiento por el pasado, no más contrición; seremos cabal y radicalmente libres: 'Y todo irá bien y toda clase de cosas saldrá bien... cuando la llama y la rosa sean una'.

God Matters, Continuum: London, 2000, pp. 210-214 (tr. Francisco Quijano OP)



En los versos finales del Cuarto Cuarteto, *Little Gidding*, T. S. Eliot cita las palabras con las que termina el sermón de McCabe. Proviene del *Libro de Visiones y Revelaciones* de Juliana de Norwich: *All shall be well, and all shall be well, and all manner of thing shall be well...*

Estos versos condensan el itinerario de la exploración humana: del origen al origen. Provenimos de la fuente de toda bondad y en esa fuente colmaremos nuestro deseo. Pero esto no lo hacemos solo por propia cuenta, sino por gracia. Dios, que está en el origen de nuestro itinerario y su término, está también en la exploración acompañándonos y bendiciéndonos. Esta es su gracia. Esta es la gracia de María Inmaculada: ella emanó toda pura de la fuente de la bondad y volvió a esa fuente sin que su caudal de bondad haya sido contaminado por el mal: *Una condición de sencillez absoluta...*

Estos son los versos finales de *Little Gidding* en traducción de José Emilio Pacheco:

No cesaremos en la exploración
Y el fin de todas nuestras búsquedas
Será llegar adonde comenzamos.
Conocer el lugar por vez primera.
A través de la puerta desconocida y recordada
Cuando lo último por descubrir en la tierra
Sea lo que fue nuestro comienzo:
Es la fuente del río más largo
La voz de la oculta cascada
Y los niños en el manzano.
La voz no conocida porque nadie la busca,
Pero escuchada, o semiescuchada, en la inmovilidad
Del mar entre dos olas.
De prisa, aquí, ahora, siempre—
Una condición de sencillez absoluta
(Cuesta nada menos que todo)
Y todo irá bien
Y toda clase de cosas saldrá bien
Cuando la lenguas de la llama se enlacen
En el nudo de fuego coronado
Y la lumbre y la rosa sean una.



Pinturas de la Inmaculada de El Greco y Goya